

bella estacion de la vida bajan del cielo ciertas ilusiones, blancas esperanzas y plateados hilos, que vuelven á él sin haber tocado en el suelo.

Setiembre de 1835.



Se ven en las provincias ciertas casas, cuyo aspecto inspira una melancolía igual á la que provocan los claustros mas sombríos, las llanuras mas áridas, y las mas tristes ruinas. Acaso ecsiste á la vez en tales casas el silencio del claustro, la aridez de las llanuras, y la osamenta de las ruinas. La vida y el movimiento se ven tan tranquilos, que un

(a) El autor titula este capítulo *Physionomies Bourgeoises*. Esta última palabra es intraducible pues no tiene equivalente en español. Como esta hay muchas en la lengua francesa y fuera de desear que hubiese un escritor de bastante nombradía y suficientemente atrevido para que las españolizase. De este modo no nos detuvieran en la traducción los significados de *regreter*, *royauté*, *atonie*, *devoement*, *réver* etc.

extraño las creería inhabitadas, si no encontrase de súbito la mirada pálida y fría de una persona, que al ruido de pasos desconocidos, asoma la cara semi-monástica, cabe el alfeizar de una ventana.

Estos principios de melancolía ecsistian en la fisonomía de una habitacion sita en *Saumur*, al cabo de la calle que dirige al castillo, por lo mas alto de la poblacion. Esta calle, poco frecuentada ahora, calorosa en verano, fría en invierno, y en algunas partes oscura, es notable por la sonoridad de su empedrado de guijarros, siempre limpio y seco; por lo angosto de su camino tortuoso, y por la quietud de sus casas, que pertenecen á la poblacion antigua, y dominan las murallas.

Habitaciones hay, que aunque tres veces seculares, y construidas de madera, se mantienen sólidas, y contribuyen con sus diferentes aspectos á la orijinalidad que recomienda aquella parte de *Saumur* á la atencion de los anticuarios y artistas. No se puede pasar por delante de tales casas sin admirar los enormes maderos, cuyos extremos terminan en extrañas figuras, y coronan con un negro bajo relieve el cuarto bajo de la mayor parte de ellas.

Por una parte se ven cabriales puestos al través y cubiertos de pizarras, que dibujan líneas azules sobre las delgadas paredes de una casa, terminada por un techo, que los años han hecho hundir, y cuyas vigas, carcomidas ya, se han torcido por las

lluvias y el sol: por otra, se presentan antepechos de ventanas gastados, ennegrecidos, cuyas delicadas esculturas se ven apenas, y que parecen demasiado lijeros, para sostener los tiestos de clavelinas y rosales de una pobre obrera. Mas léjos, se divisan puertas guarnecidas de enormes clavos, en que el jénio de nuestros antepasados trazó jeroglíficos, cuyo sentido no se podrá encontrar ya mas. En unos firmó su fe un protestante, en otros maldijo á Enrique IV un partidario de la liga, en otros gravó un particular las insignias de su *nobleza de campanas* (3). Toda la historia de Francia está contenida en ellos.

En este pais, como en *Turena*, las vicisitudes de la atmósfera dominan la vida mercantil. Viñadores, propietarios, toneleros, fondistas y marineros, todos claman por el sol, y tiemblan al acostarse, por miedo de saber el dia siguiente que ha helado durante la noche: temen la lluvia, el viento, y la sequedad, ó piden agua, calor y nubes, segun su antojo. Reina un duelo continuo entre el cielo y los intereses terrestres. El barómetro entristece, ó alegra todas las fisonomías.

Del uno al otro cabo de aquella calle, la antigua calle mayor de *Saumur*, se cifran estas palabras de puerta en puerta: ¡*Hace un tiempo de oro!* ¡*Llueven luses!* sabiendo lo que puede dar un rayo de sol ó una lluvia oportuna. Los sábados, á eso de las diez, y en la buena estacion, no se hallaría que

comprar, ni en donde, entre aquellos buenos industriales. Cada uno se va á su viña, para pasar dos dias en el campo. Como todo está previsto, compras, ventas y provechos, los comerciantes se encuentran con diez horas sobre doce para emplear en partidas de diversion, en observaciones, comentarios, y continuos espionajes. No compra una mujer una perdiz sin que los vecinos pregunten á su marido, si ha estado cocida á punto: si una muchacha se asoma á la ventana, debe ser vista por necesidad de todos los grupos de ociosos. Allí las conciencias están á la vista, y en aquellas casas impenetrables, negras y silenciosas, no hay misterio alguno.

La vida se pasa casi siempre al aire libre; cada familia se sienta en su puerta, donde almuerza, come y disputa. No pasa persona alguna por la calle que no sea observada: por esto, cuando llega un extranjero á un pueblo de provincia le atisban de puerta en puerta. De ahí se han orijinado tantas consejas, de ahí ha venido el nombre de *copiosos* que se da á los habitantes de Angers, que sobresalen en estas burletas urbanas.

Los antiguos edificios de la ciudad vieja están situados en la parte superior de aquella calle, habitada en otro tiempo por los gentil-hombres del pais. La melancólica casa en que tuvieron lugar los acontecimientos de esta historia era precisamente uno de aquellos edificios, restos venerables de un

siglo en que los hombres y las cosas tenian un carácter de sencillez, de que se alejan de dia en dia las costumbres francesas.

Despues de haber seguido las revueltas de este camino pintoresco, cuyos menores accidentes revelan recuerdos, y cuyo efecto jeneral tiende á sumergir al alma en una especie de meditacion mecánica, se halla un refondo bastante oscuro, en cuyo centro se oculta la puerta de *la casa de M. Grandet*.

Pero es imposible comprender el valor de esta espresion provincial, sin conocer de antemano la biografía de *M. Grandet*, Gozaba este en *Saumur* de una reputacion cuyas causas y efectos no se pueden esplicar facilmente á aquellos, que poco ó mucho no han vivido en provincia. *M. Grandet* (llamado todavia por algunos el tío Grandet, aunque este nombre disminuía sensiblemente) érase en 1789 un maestro tonelero bien acomodado, que sabia leer, escribir y contar. Tan pronto como la república francesa puso en venta los bienes del clero en el territorio de *Saumur*, el tío Grandet, de edad entonces de cuarenta años, acababa de casarse con la hija de un rico mercader de maderas. Fuese en seguida, provisto de su fortuna líquida, de su dote, de dos mil luises en oro, á aquel distrito, en que, mediando doscientos luises prestados por su suegro y regalados al feróz republicano que corria en la venta de los bienes nacionales, tuvo por un pedazo

de pan, si no lejitimamente, á lo menos de una manera legal, los mas hermosos viñedos del pais, una antigua abadía, y algunas alquerias.

Entre los habitantes de *Saumur*, que eran poco revolucionarios, el tío Grandet pasó por un hombre atrevido, por republicano, por patriota, por un espíritu que propendía á las nuevas ideas, mientras que el tonelero propendía solamente á las viñas. Nombráronle miembro de la administracion del distrito de *Saumur*, y su influencia pacífica se hizo resentir de una manera política y mercantil.

Políticamente protejió á todos los *ex*, (4) é impidió con todo su poder las ventas de bienes de emigrados. Comercialmente proveyó á los ejércitos republicanos de uno ó dos millares de pipas de vino blanco, que se hizo pagar con soberbias praderas que pertenecieran á una comunidad de mujeres y que se habian guardado para un último lote.

Bajo el consulado, el bueno de *Grandet* fué nombrado *maire*, (5) administró prudentemente, y vendió mejor. Bajo el imperio, llamábase *Monsieur Grandet*. Napoleon, que no amaba á los republicanos, reemplazó al nuevo *maire*, que se decia haber llevado el *gorro encarnado* (6) poniendo en su lugar á un gran propietario, hombre de circunstancias, y futuro baron del imperio. *M. Grandet* dejó los honores municipales sin sentimiento alguno. Habia mandado hacer escelentes caminos, que conducian á sus pro-

iedades, en obsequio de la poblacion; su casa y sus haciendas pagaban moderados impuestos, y luego por la buena calidad de sus diferentes cercados; y merced á constantes cuidados, sus viñas habian llegado á ser *la cabeza* del pais, palabra técnica puesta en uso para indicar los viñedos que producen el vino de primera calidad. *M. Grandet* hubiera podido solicitar la cruz de la lejiion de honor.

Esto pasaba en 1806. El antiguo tonelero tenia á la sazón cincuenta y siete años, cerca de treinta y seis su mujer, y diez su única hija, fruto de sus lejitimos amores.

Mr. Grandet, á quien la providencia quiso consolar sin duda de su desgracia administrativa, heredó sucesivamente, en aquel año de madama de la *Bertelliere*, madre de su esposa, luego del viejo señor de la *Bertelliere*, padre de la difunta; y tambien de madama *Gentillet*, su abuela materna; tres sucesiones de que nadie conoció la importancia. La avaricia de aquellos tres viejos era tan apasionada, que desde largo tiempo amontonaban el dinero, por el placer de contemplarlo secretamente. El anciano *M. la Bertelliere* llamaba prodigalidad á los préstamos, encontrando mayores intereses en el aspecto del oro que en los beneficios de la usura. Los habitantes de *Saumur* calcularon el valor de su economía por el producto de sus haciendas.

Entonces *M. Grandet* obtuvo ese nuevo título de
Tomo IV.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA
"ALFONSO"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

nobleza, que nunca borrará nuestra manía de igualdad: llegó á ser el mayor contribuyente de la comarca.....

De esta manera se establecía su fortuna visible. En cuanto á sus capitales, solamente dos personas podían presumir vagamente á lo que montaba su importe. La una era M. Cruchot, notario encargado de los cobros usurarios de M. Grandet, la otra M. Grassins, el banquero mas rico de Saumur, de cuyos beneficios participaba á su gusto y conveniencia el viñadero. Pero aunque el viejo Cruchot y M. de Grassins poseyesen aquella profunda discrecion, que enjendra en las provincias la confianza y la fortuna, no obstante conservaban públicamente tal respeto á M. Grandet que los observadores podían medir la estension de los capitales del antiguo *maire*, por la obsequiosa consideracion de que era objeto.

En una palabra; no habia en Saumur persona alguna que no se persuadiese que M. Grandet tenia un tesoro particular, una cajita llena de luses, y que se entregaba por la noche al inefable placer que causa la vista de un gran monton de oro. Los avaros tenían de ello una especie de certeza, viendo los ojos del buen Grandet á quienes el amarillo metal parecia haber comunicado su color. La mirada de un hombre acostumbrado á sacar de sus capitales un interés tan enorme, contrae necesariamente asi como la del voluptuoso, del jugador ó la del

cortesano ciertos hábitos indefinibles, y algunos movimientos furtivos, ávidos y misteriosos, que no se escapan á sus correligionarios: este lenguaje secreto forma en algun modo la *franc-maçonneria* de las pasiones.

Asi pues M. Grandet inspiraba aquella respetuosa estimacion, á la cual tenia derecho un hombre que nunca debia nada á nadie; que como antiguo tonelero y viñador, adivinaba con precision de astrónomo cuando se debían fabricar para su cosecha mil toneles, ó quinientos solamente; que no engañándose jamás en una sola especulacion, tenia siempre toneles que vender, cuando estos valian mas que el fruto que debia recoger; y podía poner su vendimia en los lagares, esperando la ocasion de vender á doscientos francos, cuando los propietarios ménos ricos vendían á ciento. Su famosa cosecha de 1811, bien guardada y lentamente vendida, le habia valido mas de doscientas cuarenta mil libras. Hablando á lo financiero, M. Grandet tenia algo de tigre y algo de boa. Sabia echarse, prevenirse, arrostrar largo tiempo su presa y saltarla encima. Luego abriendo la boca de su bolsa, la hacia tragar una carga de escudos y volvía á echarse tranquilamente, como la serpiente que dijere, impasible, frio y metódico.

Nadie le veía pasar sin sentir un movimiento de admiracion, mezclado de respeto y terror al mismo tiempo. En Saumur no habia quien no hubiese

sentido el agudo y fino laceramiento de sus uñas de acero; M. Cruchot había procurado á uno el dinero necesario para comprar una finca, pero al ocho por ciento: á otro había descontado contratos M. de Grassins, pero con una rebaja espantosa de intereses. Pocos dias pasaban, sin que el nombre de M. Grandet se pronunciase en el mercado, ó en las tertulias, ó en las conversaciones particulares. Para algunos la fortuna del antiguo tonelero era el objeto de un orgullo patriótico; de ahí es que mas de un negociante, y de un mesonero decian á los extranjeros con cierta satisfaccion:—Caballero, aquí tenemos dos ó tres casas millonarias, pero por lo que toca á M. Grandet, ni él mismo sabe lo que se tiene.

En 1816, los mas buenos calculadores de Saumur estimaban los bienes territoriales del pobrete en tres millones y medio. Habia sacado anualmente de sus propiedades desde 1793 hasta 1817, unos ciento y tantos millares de francos; de lo que se podia coleccionar, que poseía en dinero un valor igual al menos al de sus fincas. Por esto, cuando despues de una partida de *boston*(7) ó de alguna conversacion sobre viñas, salia en corro M. Grandet, solian decir las personas acomodadas:

M. Grandet...M. Grandet debe tener por lo menos cerca de seis millones.

—Sois mas hábiles que yo, que nunca he podido

saber el total; respondia M. Cruchot, ó M. de Grassins, si estaban en la conversacion.

Si algun parisiense hablaba de los Rotschild ó de M. Laffitte, los habitantes de Saumur preguntaban si eran tan ricos como M. Grandet, y cuando el parisiense les daba sonriendo una afirmacion desdenosa, se miraban unos á otros meneando la cabeza con aire de incredulidad.

Una fortuna tan grande cubria con un manto de oro todas las acciones de aquel hombre. Si al principio dieron lugar al ridículo y á la burla algunas particularidades de su vida, el ridículo y la burla se habian desgastado. M. Grandet tenia en sus actos aun los mas insignificantes la autoridad *de la cosa juzgada*. Su palabra, su vestido, su jesto y el movimiento de sus ojos hacian ley en un pais, donde, como cada cual le habia estudiado, asi como un naturalista estudia los efectos del instinto en los animales, podia reconocerse de léjos el profundo y silencioso saber de sus mas lijeros movimientos.

—El invierno será cruel, decian, y es preciso vendimiar, porque el tío Grandet se ha puesto los guantes forrados.

M. Grandet compra mucha madera para dueñas, no faltará vino este año.

—M. Grandet no compraba jamas ni pan, ni carne. Sus arrendadores le llevaban cada semana suficiente provision de capones, pollos, huevos, man-

teca y trigo *de renta*. Tenia un molino, cuyo molinero debia llevarle cada semana la harina y el salvado de una determinada cantidad de granos, que le entregaba M. Grandet, á mas de pagarle el arrendamiento.

Mariana, su única criada, aunque ya entrada en edad, amasaba todos los sábados el pan de la casa. M. Grandet se habia arreglado con los hortelanos, para que le proveyesen de legumbres: por lo que concernía á la fruta, recojía tal cantidad de ella que aun hacia vender en el mercado: la leña para el fuego mandábala cortar en sus setos, ó recojía la cuando limpiaba sus campos, y sus arrendadores se la llevaban en carros á su casa, se la amontonaban en pilas, y luego les daba las gracias. No gastaba mas que en el pan bendito, en el vestir de su mujer y de su hija, en el pago de las sillas en la iglesia, en el alumbrado de la casa, en las mesadas de la criada, en estañar las cazuelas, satisfacer los impuestos, reparar las casas, y en cumplir los gastos de sus especulaciones. Acababa de comprar trescientas yugadas de tierra, que hacia vijilar por el guardacampos de un vecino, á quien prometía una recompensa. Hecha esta adquisicion, empezó á comer de caza.

Hablaba poco; sus maneras eran bastante sencillas, jeneralmente espresaba sus ideas con frases breves y sentenciosas, dichas muy despacio.

Despues de la revolucion, en cuya época habia llamado la atencion de muchos, bostezaba de una manera fatigosa, cuando tenia que discurrir mucho, ó sostener una cuestion: pero esta balbucencia, la incoherencia de sus palabras, el flujo de espresiones en que anegaba su pensamiento, y su aparente falta de lójica, que solian atribuirse á su descuidada educacion, afectábalas, como lo harán ver suficientemente algunos acontecimientos de esta historia. Por otra parte, cuatro frases tan ecsactas como las fórmulas aljebraicas, le servian habitualmente para abrazar y resolver todas las dificultades de la vida y del comercio:

No sé.

No puedo.

No quiero.

Verémos.

No decia jamás ni *sí* ni *no*, ni escribia tampoco.

Si le hablaban, escuchaba friamente, tomándose la barba con la mano derecha, y apoyando el codo derecho sobre el reverso de la mano izquierda. En cualquier asunto, se enredaba en opiniones de las que no podia salir; meditaba largamente los mercados de ménos precio, y cuando despues de una sábia conversacion le libraba su adversario el secreto de sus pretensiones, creyendo tenerle ya, solía responderle:

— No puedo concluir negocio alguno, sin consul-

tarlo con mi mujer. Esta, á quien él habia reducido á un completo ilotismo, era el cobertizo mas cómodo en todos sus negocios. No visitaba á nadie, no recibia visitas, ni daba comidas: jamás hacia ruido, y parecía querer economizarlo todo, hasta el movimiento: en casa ajena nunca trastocaba nada por un constante respeto á la propiedad. No obstante, apesar de la dulzura de su voz, y de su circunspeccion, descubriase siempre el lenguaje y maneras del tonelero, maxime en su casa, donde se contenia menos que en cualquier otra parte.

Por lo que respeta á su físico, era un hombre de cinco pies de alto, cachigordo, cuadrado, con pantorrillas de doce pulgadas de circunferencia, rótulas fiudosas y anchas espaldas. Su rostro era redondo, aburelado y pecado de viruelas; su barba recta, sus lábios sin sinuosidades y blancos los dientes; habia en sus ojos la espresion calmosa y devoradora, que se atribuye al basilisco; su frente llena de arrugas transversales no carecia de protuberancias significativas; sus cabellos amarillentos y algo canosos eran *plata y oro*, segun decian algunos jóvenes, que no conocian el valor de una burleta maliciosa contra M. Grandet; y su nariz, abultada en la punta, soportaba un lobadillo venoso, que el vulgo decia, no sin razon, que estaba lleno de malicia. En suma, su cara anunciaba una finura peligrosa, una probidad sin calor, y el egoismo de un hombre habituado á

concentrar sus sentimientos, en los goces de la avaricia, y sobre el único ser que le fuese de *algun interés*, en realidad, su hija Eugenia, su sola heredera. La actitud, las maneras, el porte, todo atestiguaba en él aquella fé propia, que da á cada cual la costumbre de buenos resultados en las empresas. Por esto, aun que de costumbres fáciles y suaves en apariencia, M. Grandet tenia un carácter de bronce.

Vestido siempre de un mismo modo, el que le veía en 1816, le encontraba tal como era desde 1791. Llevaba zapatos con cordones de cuero, medias de lana, calzon corto de paño-burdo, con hebillas de plata, un chaleco de terciopelo con rayas amarillas alternadas con otras de color castaño, abotonado en cuadro; una ancha casaca de color castaño, con grandes faldones, una corbata blanca, y un sombrero de cuaquero: sus guantes, fuertes como los de un jendarme le duraban veinte meses, y para conservarles límpios, poníalos sobre el ala del sombrero, siempre en un mismo lugar, y con un jesto metódico.

Esto es lo que sabia Saumur con respeto á M. Grandet. No habia mas que seis habitantes, que tuviesen derecho de entrar en su casa. El mas considerable de los tres primeros era el sobrino de M. Cruchoth, que despues de su nombramiento de presidente en el tribunal de primera instancia de Saumur, habia añadido el apellido de Bonfons al de Cruchoth,